

## EL ABUELO



Ya no soy como antes. Ellos me han hecho esto, me han abierto las entrañas y me han arrancado el corazón. Ya no sé quién soy. Debo tratar de recordar.

Mi pueblo cuenta historias sobre la noche en que nací. Dicen que mi madre cruzó las piernas mientras trabajaba y luchó con todas sus fuerzas para no dejarme salir al mundo. Nací de todos modos, claro. No se puede negar la naturaleza. Sin embargo, no me sorprende que lo intentara.

Mi madre era la heredera de los Arameri. Un día se celebró un baile para la pequeña nobleza, una de esas cosas que ocurren una vez por década como triste dádiva para su autoestima. Mi padre se atrevió a pedirle que bailara. Ella se dignó asentir. A menudo me he preguntado lo que le diría y lo que haría aquella noche para enamorarla de tal modo que acabara por abdicar de su posición para estar a su lado. De esta materia prima están hechos los grandes cuentos, ¿no? Puro romanticismo. En los cuentos, las parejas así viven felices para siempre. Pero los cuentos no dicen lo que sucede cuando se hace eso y se ofende a la familia más poderosa del mundo.

Pero estoy divagando. ¿Quién era yo? Ah, sí.

Me llamo Yeine. Entre mi pueblo soy Yeine dau ella Kinneth tai wer Somen kanna darre, lo que quiere decir que soy la hija de Kinneth y que mi tribu, en el seno del pueblo darre, es la de So-

men. En estos tiempos, las tribus no significan gran cosa, pero antes de la Guerra de los Dioses eran más importantes.

Tengo diecinueve años. Soy, o fui, la caudillo de mi pueblo, su *ennu*. Para los Arameri, que es como decir para la raza de amn, de la que proceden, soy la baronesa Yeine Darr.

Transcurrido un mes desde la muerte de mi madre, recibí un mensaje de mi abuelo, Dekarta Arameri, en el que me invitaba a visitar el hogar de la familia. Las invitaciones de los Arameri no se rechazan, así que me puse en camino. Tardé casi tres meses enteros en viajar desde el continente del Alto Norte hasta Senm, cruzando el mar de la Penitencia. A pesar de la relativa pobreza de Darr, hice el trayecto con todo lujo, primero en un palanquín y un navío, y luego en un carruaje, con mi propio cochero. No fue decisión mía. El Consejo de los Guerreros de Darr, desesperado por recuperar el favor de los Arameri a través de mí, pensó que aquellos lujos me ayudarían. Es bien sabido que los amn respetan las demostraciones de riqueza.

De esta guisa llegué a mi destino en pleno solsticio de invierno. Y cuando el cochero se detuvo en una colina a las afueras de la ciudad, en teoría para abreviar a los caballos (pero más bien porque era de allí y le gustaba ver las caras de asombro que ponían los extranjeros al verlo), puse los ojos por primera vez sobre el corazón de los Cien Mil Reinos.

En el Alto Norte hay una rosa famosa. (Esto no es una digresión.) Se llama la rosa faldialta. Además de que, al abrirse, sus pétalos despiden un brillo de un blanco perlado, es frecuente que le crezca junto a la base del tallo una segunda flor, incompleta. En su forma más apreciada, la faldialta despliega una capa de grandes pétalos que cubren el suelo. Y así ambas, la cabeza, donde están las semillas y la falda, extienden su gloria por arriba y por debajo.

Lo que vi era la ciudad conocida como el Cielo. En el suelo, extendida sobre una pequeña montaña o una colina de gran tamaño, rodeada por altas murallas que defienden filas de edificios, de un blanco resplandeciente, por decreto de los Arameri. Sobre la ciudad, más pequeño pero también más brillante, oscurecidas ocasionalmente las perlas de sus ventanales por pequeñas nubes, se encontraba el palacio. También éste se llamaba el Cielo y seguramente fuese más digno del nombre. Yo sabía que la columna se encontraba allí, la columna de imposible del-

gidez que sustentaba la colosal estructura, pero desde tan lejos no alcanzaba a verla. El palacio flotaba sobre la ciudad, unido a ella en espíritu, ambos tan etéreos en su belleza que su contemplación quitaba el aliento.

La rosa faldialta no tiene precio, porque es muy difícil que llegue a florecer. Las variedades más famosas proceden de una fuerte endogamia. Se originó como una deformidad que algún jardinero astuto decidió aprovechar. El aroma original de la flor, dulce para nosotros, resulta al parecer repugnante para los insectos. Por consiguiente, hay que polinizar las flores a mano. La flor secundaria agota los nutrientes esenciales para la fertilidad de la planta. Las semillas son muy raras y por cada una que se convierte en una faldialta perfecta, otras diez se transforman en plantas tan horribles que deben destruirse.

Al llegar a las puertas del Cielo (el palacio) tuve que dar media vuelta, aunque no por la razón que esperaba. Mi abuelo no estaba presente, al parecer. Había dejado instrucciones para cuando llegara.

El Cielo es la casa de los Arameri. Allí nunca se hacen negocios. Esto se debe a que, oficialmente, no gobiernan el mundo. Es el Consortium de los nobles quien lo hace, con la benevolente colaboración de la Orden de Itempas. El Consortium se reúne en el Salón, un edificio monumental –de paredes blancas, claro está– que se levanta en medio de un grupo de construcciones oficiales al pie del palacio. Es un lugar impresionante y lo sería aún más si no estuviera alojado a la elegante sombra del Cielo.

Entré y me anuncié a los funcionarios del Consortium, que respondieron con una sorpresa profunda pero muy discreta. Ordenaron a uno de ellos –un ayudante de muy baja categoría, según pude deducir– que me escoltara hasta la cámara central, donde la sesión del día andaba ya muy avanzada.

Como miembro de la pequeña nobleza que era, sabía que tenía derecho a participar en las reuniones del Consortium, pero nunca me había parecido necesario hacerlo. Aparte de los gastos y los meses de viaje necesarios para llegar hasta allí, Darrera, simplemente, demasiado pequeño, demasiado pobre y demasiado insignificante para tener alguna influencia, incluso sin tener en cuenta la afrenta cometida por mi madre. Por lo gene-

ral, la gente considera al Alto Norte un lugar atrasado y sólo sus estados más grandes tienen el prestigio o el dinero suficientes para que su voz se oiga entre nuestros nobles pares. De modo que no me sorprendió descubrir que el asiento que me estaba reservado en el seno del Consortium –en una zona apartada, detrás de un pilar– lo ocupaba en aquel momento un delegado adicional de una de las naciones del continente de Senm. Sería una terrible descortesía, balbució el joven ayudante con nerviosismo, desalojar de allí a aquel hombre, que, además de su avanzada edad, sufría de las rodillas. ¿No me importaría permanecer en pie? Y como venía de pasar largas horas encajonada en el interior de un carruaje, accedí con sumo gusto.

Así que el ayudante me acompañó a un lado de la cámara del Consortium, desde donde se disfrutaba de una buena vista de las sesiones. La cámara estaba magníficamente decorada, con mármol blanco y maderas ricas y oscuras que imagino habrían salido de los bosques de Darr en tiempos mejores. Los nobles –unos trescientos en total– ocupaban cómodas sillas en el suelo de la cámara o en bancadas que se elevaban por encima de él. Los ayudantes, pajes y escribas, listos para ir en busca de documentos o realizar los recados que se les solicitaran, aguardaban en la periferia, donde estaba yo. A la cabeza de la cámara, el supervisor del Consortium presidía sobre un elaborado podio, desde donde señalaba a los miembros cuando expresaban su deseo de tomar la palabra. Al parecer, en aquel momento se estaban discutiendo los derechos relativos al agua en un desierto situado en alguna parte. El asunto implicaba a cinco países. Ninguno de los participantes en la conversación hablaba fuera de turno. Nadie perdía los estribos. No había comentarios venenosos ni insultos velados. Todo resultaba muy ordenado y diplomático, a pesar del tamaño de la congregación y del hecho de que la mayoría de los presentes estaban acostumbrados a hablar entre los suyos cuando les placía.

Una de las razones para este comportamiento tan extraordinariamente cortés residía en un plinto situado detrás del podio del supervisor: la estatua a tamaño natural del Padre Celestial, en una de sus manifestaciones más conocidas: *La apelación a la razón de los mortales*. No era fácil hablar fuera de lugar bajo aquella mirada severa. Pero más represiva aún, sospecho, era la mirada también severa del hombre que se sentaba detrás del supervi-

sor en un palco elevado. Desde mi posición no alcanzaba a verle bien, pero era de avanzada edad, lucía ricas vestiduras y estaba flanqueado por un joven de cabellos rubios, una mujer de pelo negro y un puñado de partidarios.

No era muy difícil deducir su identidad, a pesar de que no llevaba corona, no lo acompañaba guardia alguna que pudiera verse y ni él ni ninguno de los miembros de su séquito tomaron la palabra durante toda la sesión.

–Hola, abuelo –murmuré para mí y le sonreí desde el otro lado de la sala a pesar de que sabía que no podía verme. Los pajes y escribas me miraron de manera extraña durante el resto de la tarde.

Me arrodillé ante mi abuelo con la cabeza inclinada y rodeada por risas sofocadas.

No, espera.

Hubo tres dioses una vez.

Sólo tres. Ahora hay docenas, puede que centenares. Se reproducen como los conejos. Pero antes había sólo tres, los más poderosos y gloriosos de todos: el dios del día, el dios de la noche y la diosa del crepúsculo y el alba. O de la luz, la oscuridad y las sombras intermedias. O del orden, el caos y el equilibrio. Nada de esto importa porque uno de ellos murió, el otro quedó reducido a un estado de muerte en vida y el tercero es el único que todavía importa.

Los Arameri extraen su poder del dios que aún vive. Lo llaman el Padre Celestial, Itempas el Brillante, y los antepasados de mi familia eran sus sacerdotes más devotos. Los recompensó entregándoles un arma tan poderosa que ningún ejército podía oponerseles. Utilizaron esta arma –o armas, más bien– para convertirse en los amos del mundo.

Eso está mejor. Ahora sí.

Me arrodillé ante mi abuelo con la cabeza inclinada, y con el cuchillo en el suelo.

Estábamos en el Cielo, adonde habíamos llegado tras la sesión del Consortium gracias a la magia de la Puerta Vertical. Inmediatamente después de mi llegada me convocaron a la sala de audiencias de mi abuelo, muy parecida a una sala del trono.

Su forma era aproximadamente circular, porque el círculo es la forma sagrada para Itempas. El techo abovedado hacía parecer más altos a los miembros de la corte. Y no era necesario, porque los amn son un pueblo de gente espigada, comparada con los míos. Altos, pálidos y siempre hieráticos, como representaciones escultóricas de seres humanos y no criaturas de carne y hueso.

–Ilustrísimo señor de los Arameri –dije–. Es un honor estar en vuestra presencia.

Había oído unas risillas al entrar en la estancia. En aquel momento volvieron a sonar, amortiguadas por el ruido de manos, pañuelos y abanicos. Me recordaron a una bandada de aves posada en las copas de los árboles.

Sentado frente a mí se encontraba Dekarta Arameri, rey sin corona del mundo. Era viejo. Puede que el hombre más viejo que jamás hubiese visto, aunque como, por lo general, los amn viven más que mi pueblo, puede que esto no fuese demasiado sorprendente. Su fino cabello había encanecido por completo y estaba tan encorvado y demacrado que la silla de piedra elevada en la que se sentaba –silla que nadie llamaba nunca «trono»– parecía tragárselo.

–Nieta –dijo él, y todas las risillas cesaron al punto. Se hizo un silencio tan pesado que parecía que se pudiera sostener con las manos. El que había hablado era el jefe de la familia Arameri y su palabra era ley. Nadie esperaba que me reconociera como pariente, y yo la que menos.

–Levántate –dijo–. Deja que te eche un vistazo.

Mientras lo hacía, recogí mi cuchillo, dado que nadie se lo había llevado. El silencio se prolongó. No soy muy interesante de ver. Puede que lo fuese si hubiera recibido los rasgos de mis dos pueblos en una combinación más atractiva: la altura de los amn con las curvas de los darre, quizá, o una densa y lisa cabellera darre con el color pálido de los amn. Mis ojos sí son amn: de color verde desleído, más inquietantes que hermosos. Por lo demás, soy menuda y vulgar, con una tez del color de la madera del bosque, y un cabello que es una maraña. Como no tengo otro modo de domarlo, lo llevo corto. A veces me confunden con un muchacho.

Al prolongarse el silencio, vi que Dekarta fruncía el ceño. En aquel momento reparé en una especie de marca extraña que llevaba en la frente: un círculo negro y perfecto, como si alguien

hubiera sumergido en tinta una moneda y la hubiera presionado contra su carne. El círculo tenía un cabrio a cada lado.

–No te pareces nada a ella –dijo al fin–. Pero supongo que tampoco importa. ¿Viraine?

Esta última pregunta estaba dirigida a un hombre que se encontraba entre los cortesanos más próximos al trono. Por un instante pensé que se trataba de otro anciano, pero entonces vi que me equivocaba: aunque su cabello era de un blanco casi cegador, no debía de superar las cuatro décadas. También él llevaba una marca negra, aunque menos elaborada que la de Dekarta: en su caso sólo estaba el círculo negro.

–No es un completo desastre –dijo el aludido mientras cruzaba los brazos–. No se puede hacer nada con su apariencia. Dudo que hasta el maquillaje sirva de algo. Pero si se la viste de manera civilizada, podrá al menos transmitir... nobleza. –Entornó la mirada y sentí que me diseccionaba pieza a pieza. Mi mejor vestido darre, un largo chaleco de piel de civeta y unas polainas hasta los muslos, provocó un suspiro suyo como respuesta (ya me había fijado en que llamaba la atención al entrar en el Salón, pero no me había dado cuenta de que la cosa fuera tan mala). Estudió mi rostro durante tanto tiempo que comencé a preguntarme si debía enseñar los dientes.

Pero fue él quien lo hizo, con una sonrisa.

–Su madre la ha instruido. Fijaos en que no muestra temor ni resentimiento, ni siquiera ahora.

–Nos servirá, entonces –dijo Dekarta.

–¿Para qué, abuelo? –pregunté. La tensión de la sala se hizo aún más densa, expectante, a pesar de que él me había llamado «nieta» antes. Había corrido cierto riesgo al atreverme a utilizar con él la misma familiaridad. A veces los hombres poderosos se muestran susceptibles con cosas extrañas. Pero mi madre, en efecto, me había instruido bien, y sabía que merecía la pena arriesgarme para afianzar mi posición a los ojos de la corte.

El rostro de Dekarta Arameri no varió un ápice. Era imposible de interpretar para mí.

–Como heredera mía. Voy a nombrarte hoy mismo.

El silencio se hizo tan duro como la piedra de la silla de mi abuelo.

Pensé que podía estar bromeando, pero nadie se rió. Eso fue lo que terminó de convencerme: las expresiones de completo

asombro y horror que afloraban a los rostros de los cortesanos mientras miraban a su señor. Salvo el que se llamaba Viraine. Éste me observaba a mí.

Pensé que se esperaba alguna respuesta de mí.

–Ya tenéis herederos –dije.

–No es tan diplomática como debería –comentó Viraine en tono seco.

Dekarta ignoró el comentario.

–Es cierto, hay otros dos candidatos –me dijo–. Mis sobrinos, Scimina y Relad. Tus primos segundos.

Había oído hablar de ellos, claro. Como todo el mundo. Siempre estaba corriendo el rumor de que uno de ellos sería el heredero, aunque nadie sabía con certeza cuál. Que fueran los dos era una posibilidad que no se me había ocurrido.

–Si me permitís un comentario, abuelo –dije con todo el cuidado posible, a pesar de que era imposible tener cuidado en aquella conversación–, contándome a mí, ya habría dos herederos de sobra.

Eran los ojos los que hacían parecer tan viejo a Dekarta, comprendería mucho más tarde. No sé de qué color habían sido originalmente. La edad los había desteñido y recubierto con una película que los hacía parecer casi blancos. Había varias vidas en aquellos ojos y ninguna de ellas feliz.

–Es cierto –dijo–. Es decir, el número justo para una competición interesante, creo.

–No lo entiendo, abuelo.

Levantó la mano en un gesto que, en su día, habría sido elegante. Pero ahora su mano estaba aquejada de fuertes temblores.

–Es muy sencillo. He nombrado tres herederos. Uno de vosotros será el que me suceda. Los otros dos, sin duda, se matarán entre sí o caerán a manos del vencedor. En cuanto a la identidad del que viva y de los que mueran... –Se encogió de hombros–. Os toca a vosotros decidirlo.

Mi madre me había enseñado que nunca debía mostrar temor, pero las emociones no se dejan acallar con tanta facilidad. Comencé a sudar. Sólo había sido el objetivo de un asesino una vez en mi vida. Ventajas de ser la heredera de un país diminuto y pobre. Nadie quería mi puesto. Pero allí habría otros dos que sí lo querrían. La riqueza del señor Relad y de la señora Scimina excedía mis sueños más absurdos. Se habían pasado la vida en-



tera luchando entre sí con el objetivo de gobernar el mundo. Y de pronto aparecía yo, una desconocida, sin recursos ni apenas amigos, para unirme a la guerra.

–No habrá decisión –dije. Y me enorgullece decir que no me tembló la voz al hacerlo–. Ni competición. Me matarán enseguida y luego reanudarán su enfrentamiento.

–Es posible –dijo mi abuelo.

No se me ocurría nada que decir para salvarme. Estaba loco, era evidente. ¿Por qué otra razón iba a convertir el gobierno del mundo en el premio de una competición? Si perdía la vida al día siguiente, Relad y Scimina destrozarían el mundo en mil pedazos. La matanza no terminaría en décadas. Y, desde su punto de vista, yo podía ser perfectamente una idiota. Si por alguna jugada imposible del destino lograba apoderarme del trono, cabía la posibilidad de que arrojara a los Cien Mil Reinos a una espiral de decisiones equivocadas y sufrimiento. El anciano tenía que saberlo.

No se puede discutir con la locura. Pero a veces, con un poco de suerte y con la bendición del Padre Celestial, se puede llegar a entenderla.

–¿Por qué?

Asintió como si hubiera estado esperando mi pregunta.

–Tu madre me privó de un heredero al abandonar nuestra familia. Así pagará su deuda.

–Lleva cuatro meses en la tumba –repliqué–. ¿De verdad queréis vengaros de una muerta?

–Esto no tiene nada que ver con la venganza, nieta. Es una cuestión de deber. –Hizo un gesto con la mano izquierda y otro cortesano se apartó de la multitud. A diferencia del primero, y de la mayoría de los cortesanos cuyos rostros alcanzaba a ver, la marca del rostro de éste era una media luna dirigida hacia abajo, como un exagerado ceño. Al arrodillarse frente al estrado donde descansaba la silla de Dekarta, su trenza rojiza, que llevaba hasta la cintura, cayó por encima de su hombro hasta hacerse un ovillo en el suelo.

–No espero que tu madre te enseñara tu deber –dijo Dekarta desde detrás del recién llegado–. Ella renunció al suyo para casarse con ese salvaje de lengua de seda. Yo lo permití, en una muestra de indulgencia que he lamentado muchas veces. Así que aplacaré esos remordimientos trayéndote de nuevo al reba-

ño, nieta. Que vivas o mueras es irrelevante. Eres una Arameri y, como el resto de nosotros, vives para servir.

Hizo un gesto al hombre del cabello rojo.

–Prepárala lo mejor que puedas.

Eso fue todo. El pelirrojo se levantó, se me acercó y murmuró que debía seguirle. Así terminó mi primer encuentro con mi abuelo y comenzó mi primer día como Arameri. Los que siguieron aún fueron peores.

## EL OTRO CIELO



La capital de mi país se llama Arrebaia. Es un lugar de piedra antigua, cuyas paredes cubiertas de enredaderas la protegen de bestias que ya no existen. Hemos olvidado cuándo se fundó, pero lleva al menos dos mil años siendo nuestra capital. La gente allí camina con lentitud y habla con suavidad, puede que por respeto a las generaciones que han hollado aquellas calles antes que ellos, o puede que porque no les guste el bullicio.

El Cielo –ahora me refiero a la ciudad– sólo tiene quinientos años. La construyeron después de que se abatiera un desastre sobre la anterior capital de los Arameri. Esto la convierte en una adolescente entre las ciudades... y una adolescente maleducada y grosera, por cierto. Mientras mi carruaje marchaba por el centro de la ciudad, los de otros pasaban a nuestro lado con gran estrépito de ruedas y cascos. Todas las aceras estaban abarrotadas de gente atareada que avanzaba a trompicones, sin hablar. Todos parecían tener prisa. El aire rebosaba de olores conocidos, como el de los caballos y el agua estancada, entre otros indefinibles, algunos de ellos acres y otros enfermizamente dulzones. No había nada verde a la vista.

¿Por dónde iba...?

Ah, sí. Los dioses.

No me refiero a los dioses que quedan en los cielos, que son leales a Itempas el Brillante. Porque también hay otros que no le son leales... Quizá no debería llamarles dioses, dado que nadie

los venera ya. (¿Cómo se define «dios»?) Debe de haber un nombre mejor para lo que son. ¿Prisioneros de guerra? ¿Esclavos? ¿Cómo los llamé antes...? ¿Armas?

Armas. Sí.

Se dice que están en algún lugar del Cielo, cuatro en total, atrapados en recipientes tangibles y guardados bajo llaves, tanto físicas como mágicas. Puede que duerman en ataúdes de cristal y los despierten de vez en cuando para sacarles brillo y engrasarlos. Puede que se los enseñen a los invitados de honor.

Pero a veces, a veces, sus amos los reclaman. Y entonces se desencadenan nuevas y extrañas plagas. De cuando en cuando, la población entera de una ciudad desaparece de la noche a la mañana. En una ocasión aparecieron pozos humeantes de bordes dentados donde hasta entonces se levantaba una cordillera.

No es prudente odiar a los Arameri. Así que odiamos a sus armas, porque a las armas no les importa.

El cortesano que me acompañaba se llamaba T'vril y se presentó como el dispensero del palacio. Una parte de su linaje estaba a la vista, pero aun así insistió en contarme el resto: era un mestizo como yo, mitad amn y mitad ken. Los ken son los habitantes de una isla del lejano Oriente. Son navegantes famosos. La extraña tonalidad rojiza de su cabello la había heredado de ellos.

—La amada esposa de Dekarta, la dama Ygreth, murió trágicamente joven hace más de cuarenta años —me explicó. Hablaba con viveza mientras caminábamos por los pasillos blancos del Cielo. No parecía especialmente conmovido por la triste historia de la muerta—. Kinneth sólo era una niña por aquel entonces, aunque ya resultaba evidente que al crecer se convertiría en una heredera más que capacitada, así que supongo que Dekarta no sintió la acuciante necesidad de volver a casarse. Cuando ella... eh, abandonó la familia, el señor recurrió a los hijos de su fallecido hermano. Por entonces eran cuatro. Relad y Scimina eran los más jóvenes. Gemelos. Es un rasgo familiar. Por desgracia, su hermana mayor sufrió un desgraciado accidente. O al menos ésa es la versión oficial.

Yo me limitaba a escuchar. Era una lección tan útil como sobrecogedora sobre mis nuevos parientes. Supongo que por eso T'vril había decidido contármelo. También me había informado sobre mis nuevos privilegios, obligaciones y títulos, al me-

nos de manera sucinta. A partir de entonces me llamaría Yeine Arameri, no Yeine de Darr. Tendría nuevas tierras que gobernar y riquezas inimaginables. Se esperaba de mí que asistiera con regularidad a las sesiones del Consortium y que, cuando lo hiciera, me sentase en el palco privado de los Arameri. Tenía permiso para alojarme en el Cielo, bajo el cálido abrazo de mi familia materna, y no volvería a ver mi hogar.

Hablar de la familia dio pie a T'vril para seguir contándome la historia de la suya.

–Su hermano mayor era mi padre, muerto por su propia causa. Sentía fascinación por las mujeres jóvenes. Muy jóvenes. –Hizo una mueca, aunque me dio la sensación de que había oído la historia tantas veces que en realidad ya no le importaba–. Por desgracia para él, mi madre ya había alcanzado la edad suficiente para concebir. Dekarta lo hizo ejecutar cuando la familia de ella se opuso a la unión. –Suspiró y se encogió de hombros–. Los hombres de noble cuna podemos hacer muchas cosas, pero... vaya, hay normas. A fin de cuentas, fuimos nosotros los que establecimos una edad mínima para el consentimiento. Ignorar nuestras propias leyes habría sido una ofensa a los ojos del Padre Celestial.

Sentí deseos de preguntarle qué podía importar algo como eso cuando a Itempas el Brillante no parecía preocuparle ninguna otra de las cosas que hacían los Arameri, pero me contuve. Sus palabras ya contenían un deje de seca ironía. Sobraban los comentarios.

Con una enérgica eficiencia que habría hecho sentir celos a mi práctico abuelo, T'vril hizo que me tomaran medidas para encargarme un nuevo guardarropa, me concertó una cita con las peluqueras y me asignó unos aposentos, y todo ello en el plazo de una sola hora. Luego hicimos un rápido recorrido por la zona, en cuyo transcurso T'vril parlotó sin cesar mientras caminábamos por pasillos revestidos de mica blanca, madreperla o cualquier otro material brillante, fuera el que fuese, del que estaba hecho el palacio.

Más o menos a esas alturas dejé de escucharlo. De haberle prestado atención, probablemente habría obtenido buena información sobre los personajes más destacados en la jerarquía de palacio, las luchas de poder, los rumores más sabrosos y mil cosas más. Pero mi mente seguía presa del asombro, tratando de

asimilar demasiadas novedades a la vez. Él era la menos importante de ellas, así que lo dejé fuera.

Supongo que se dio cuenta, pero no pareció importarle. Finalmente llegamos a mis nuevos aposentos. Una de las paredes estaba cubierta por ventanales del techo al suelo, desde los que se disfrutaba de una vista asombrosa de la ciudad y la campiña circundante... muy, muy abajo. Me quedé mirando el paisaje, boquiabierto, con una expresión de pasmo que habría provocado un rapapolvo de mi madre de haber seguido con vida. Estábamos tan arriba que ni siquiera alcanzaba a distinguir la gente de las calles.

T'vril dijo algo que, sencillamente, no escuché, así que lo repetí. Esa vez lo miré.

—Esto —dijo mientras señalaba la marca de su frente. La marca de la media luna.

—¿Qué pasa?

Repetí sus palabras una tercera vez, sin demostrar ni el menor rastro de la exasperación que imagino que sentía.

—Tenemos que ir a ver a Viraine para que pueda aplicaros el sello de sangre en la frente. A estas alturas ya estará libre de sus responsabilidades cortesanas. Luego podréis descansar para la velada.

—¿Por qué?

Se me quedó mirando un momento.

—¿Vuestra madre no os habló de ello?

—¿De qué?

—De los enefadeh.

—¿Cómo?

La expresión que cruzó su rostro fue una mezcla de piedad y consternación a partes iguales.

—La señora Kinneth no os preparó en absoluto, ¿verdad? —Antes de que yo tuviera tiempo de pensar en una respuesta, continuó—: Los enefadeh son la razón por la que llevamos los sellos de sangre, dama Yeine. Nadie puede pasar la noche en el Cielo sin uno. No es prudente.

Aparté mis pensamientos de lo extraño que me sonaba mi nuevo título.

—¿Por qué no es prudente, señor T'vril?

Se estremeció.

—T'vril a secas, por favor. El señor Dekarta ha decretado

que recibáis una marca de purasangre. Perteneceís al linaje central. Yo sólo soy un mestizo.

No sabía si se me había escapado algún dato importante o no me había dicho nada sobre aquello. O varios datos importantes, más bien.

–T’vрил. Supongo que eres consciente de que nada de lo que dices tiene ningún sentido para mí.

–Imagino que no. –Se pasó una mano por el cabello. Era el primer indicio de incomodidad que mostraba–. Pero tardaría demasiado en explicároslo. Queda menos de una hora para la puesta de sol.

Supuse que aquélla era otra de las normas que los Arameri insistían debían respetarse, aunque no se me ocurría por qué.

–Muy bien, pero... –Fruñí el ceño–. ¿Qué pasa con mi cochero? Me está esperando en el antepatio.

–¿Esperando?

–No creía que fuese a quedarme.

T’vрил movió la mandíbula para tragarse la respuesta sincera que había estado a punto de dar, fuera la que fuese. En su lugar lo que dijo fue:

–Mandaré que vayan a decirle que puede marcharse, con una pequeña bonificación por las molestias. No lo necesitaréis. Aquí tenemos criados de sobra.

Los había visto durante el recorrido: figuras silenciosas y eficientes que recorrían los pasillos del Cielo ataviadas de blanco de la cabeza a los pies. Un color muy poco práctico para gente cuyo principal cometido era limpiar, pensé, pero yo no gobernaba allí.

–Ese cochero ha recorrido el continente entero a mi lado. ¿No pueden darle una habitación para una noche? Ponedle una de esas marcas y que luego se marche por la mañana. Es una cuestión de simple cortesía.

–Sólo los Arameri pueden llevar el sello de sangre, mi señora. Es permanente.

–Sólo... –De repente lo entendí–. Pero ¿es que la servidumbre forma parte de la familia en este lugar?

La mirada que me lanzó no era de amargura, aunque quizá debería haberlo sido. A fin de cuentas, ya me había dado varios indicios: las correrías de su padre, su condición de despensero, un criado de elevada categoría, pero criado al fin y al cabo. Era tan Arameri como yo, pero sus padres nunca se habían desposa-

do. Los estrictos adoradores de Itempas no miraban con buenos ojos a los hijos ilegítimos. Y su padre nunca había sido el favorito de Dekarta.

Como si pudiera leerme los pensamientos, T´vril dijo:

–Como dijo el señor Dekarta, dama Yeine, todos los descendientes de Shahar Arameri vivimos para servir. De un modo u otro.

Había muchas historias escondidas bajo sus palabras. ¿A cuántos parientes nuestros habían obligado a abandonar su casa y el futuro que pudieran tener en ella para acudir a aquel lugar a fregar suelos o limpiar verduras? ¿Cuántos, nacidos allí, no habían podido salir en su vida? ¿Qué les pasaba a los que intentaban escapar?

¿Me convertiría yo en uno de ellos, como T´vril?

No. T´vril no era importante, no representaba una amenaza para quienes aspiraban a heredar el poder de la familia. Yo no tendría tanta suerte.

Me tocó la mano con algo que deseé fuese compasión.

–Vamos. No está lejos.

En sus pisos superiores, el Cielo parecía tener ventanas por todas partes. Incluso, algunos de los pasillos tenían techos de vidrio transparente o cristal, aunque lo único que permitían ver era el cielo y las numerosas y redondeadas torres del palacio. El sol no se había puesto aún –su curva inferior acababa de tocar el horizonte hacía unos minutos–, pero T´vril caminaba con paso más vivo que antes. Ahora yo prestaba más atención a los criados con los que nos encontrábamos, en busca de los pequeños detalles que caracterizaban el linaje que compartíamos. Había unos cuantos: muchos pares de ojos verdes, cierta estructura de la cara (de la que yo carecía por completo, pues había heredado la de mi padre) o una tendencia al cinismo (aunque puede que esto fuese cosa de mi imaginación). Más allá de esto, eran tan dispares como T´vril y yo, aunque la mayoría de ellos parecía amn o de alguna raza senmita. Y todos llevaban la marca en la frente. Ya me había fijado antes, pero no le había prestado más atención, tomándola por una moda. Algunos, pocos, tenían formas de triángulo o diamante, pero la mayoría exhibía una simple línea negra.

No me gustaba su forma de mirarme, con ojos que parpadaban un instante y luego se apartaban.



–Dama Yeine. –T’vril se detuvo unos pasos por delante al notar que me había retrasado. Había heredado las largas piernas de su sangre amn. Yo no y había sido un día agotador–. Os lo ruego, tenemos poco tiempo.

–De acuerdo, de acuerdo –dije, demasiado cansada para seguir molestándome en ser diplomática. Pero no reanudó la marcha y al cabo de un instante vi que se había puesto tenso y dirigía la mirada hacia el pasillo por el que debíamos continuar.

Había un hombre ante nosotros.

Lo llamo «hombre» porque en aquel momento es lo que me pareció. Se encontraba en una galería desde la que se dominaba nuestro pasillo. Se lo veía perfectamente enmarcado entre las paredes y el arco del techo. Deduje que había llegado hasta allí por un pasillo perpendicular. Su cuerpo aún miraba en aquella dirección, pero había quedado parado a mitad. Sólo su cabeza se había vuelto hacia nosotros. Por algún truco de las sombras, no podía verle la cara, pero aun así sentía el peso de sus ojos sobre mí.

Apoyó una mano en la barandilla con deliberada parsimonia.

–¿Qué sucede, Naha? –dijo una voz de mujer cuyo eco resonaba débilmente por el pasillo. Un momento después apareció su propietaria. A diferencia del hombre, pude verla con toda claridad: una espigada beldad amn, de cabello de alabastro, rasgos patricios y regia gracia. Reconocí por su melena que era la mujer que se sentaba junto a Dekarta en el Salón. Llevaba uno de esos vestidos a los que sólo una figura amn puede hacer justicia, largo, fino y ceñido al talle, de un color intenso y sanguino.

–¿Qué ves? –preguntó con la mirada clavada en mí, a pesar de que sus palabras estaban dirigidas a él. Levantó las manos y pude ver que había algo en sus dedos, una delicada cadenita de plata. La cadena descendía en el aire y luego volvía a ascender. Comprendí que estaba unida al hombre.

–Tía –dijo T’vril con un tono cauteloso que me permitió comprender al instante quién era ella. La dama Scimina, mi prima y rival por el trono–. Estáis preciosa esta tarde.

–Gracias, T’vril –respondió ella sin que sus ojos abandonaran mi rostro un instante–. ¿Y quién es ella?

Hubo una pequeñísima pausa. La expresión tensa del rostro de T’vril reveló que estaba tratando de pensar una respuesta no comprometedora. Algún rasgo de mi propia naturaleza

–en mi tierra, sólo las mujeres débiles dejan que los hombres las protejan– me impulsó a dar un paso adelante e inclinar la cabeza.

–Me llamo Yeine de Darr.

Su sonrisa reveló que ya lo había deducido. No podía haber muchos darre en el palacio.

–Ah, sí. Alguien te mencionó después de la audiencia de mi tío de hoy. Eres la hija de Kinneth, ¿verdad?

–Así es. –En Darr la malicia de su dulce y falsamente educado tono me habría hecho sacar el cuchillo. Pero aquello era el Cielo, el sagrado palacio de Itempas el Brillante, señor del orden y la paz. Allí no se hacían tales cosas. Miré a T´vril para que nos presentara.

–La dama Scimina Arameri –dijo. No tragó saliva ni demostró nerviosismo alguno, aunque vi que sus ojos volaban entre mi prima y el hombre inmóvil. Esperé a que me presentara también al hombre, pero no lo hizo.

–Ah, sí –dije sin molestarme en imitar el tono de Scimina. Mi madre había intentado varias veces enseñarme a fingir amabilidad con gente por la que no sentía simpatía, pero yo era demasiado tarde para eso–. Saludos, prima.

–Si nos disculpáis... –dijo T´vril a Scimina casi en el mismo instante en que se cerró mi boca–. Estoy enseñándole el palacio a la dama Yeine...

El hombre que había junto a Scimina eligió aquel momento para volver a respirar con bocanadas temblorosas. Su cabello, largo, negro y lo bastante denso como para provocar los celos de cualquier varón darre, le cayó sobre el rostro hasta ocultárselo del todo. Su mano apretó la barandilla con más fuerza.

–Un momento, T´vril. –Scimina examinó a su acompañante con detenimiento y luego levantó la mano como para cogerle la barbilla por debajo de aquella cortina de cabello. Hubo un clic y Scimina apartó un collar de plata delicado e ingeniosamente articulado.

–Lo siento, tía –dijo T´vril, sin molestarse ya por disimular su temor. Me agarró la mano con fuerza–. Viraine nos espera y ya sabéis lo mucho que detesta...

–Espera, te digo –repuso Scimina, fría de repente–. Si no quieres que olvide lo útil que has sido hasta ahora, T´vril. Un buen criado... –Miró de soslayo al hombre del pelo negro y es-

bozó una sonrisa indulgente—. Cuántos buenos criados hay aquí en el Cielo... ¿No te parece, Nahadoth?

Nahadoth era su nombre, pues. Algo en él me resultaba vagamente familiar, aunque no alcanzaba a recordar dónde lo había oído antes.

—No lo hagáis —dijo T'vril—. Scimina...

—No lleva marca —respondió Scimina—. Ya conoces las normas.

—¡Esto no tiene nada que ver con las normas y lo sabéis! —dijo T'vril con cierta vehemencia. Pero ella lo ignoró.

Lo sentí entonces. Creo que lo había sentido desde que el hombre había vuelto a respirar: una trepidación en la atmósfera. Un jarrón vibró cerca de allí. No hubo ninguna causa visible para aquello, pero de algún modo lo supe: en algún lugar, en un plano invisible, una parte de la realidad estaba abriéndose. Haciendo espacio para algo nuevo.

El hombre del pelo negro levantó la cabeza y me miró. Estaba sonriendo. Al ver de pronto su cara y encontrarme con aquellos ojos llenos de locura, supe de pronto quién era. Lo que era.

—Escuchadme —dijo T'vril, la voz tensa junto a mi oído. Yo era incapaz de apartar los ojos de los de la criatura de pelo negro—. Debéis llegar hasta Viraine. Ahora sólo un purasangre puede ordenarle que se detenga y Viraine es el único que... ¡Oh, por el amor de los demonios, miradme!

Se colocó en mi campo de visión y dejé de ver aquellos ojos. Se oía un suave murmullo. Scimina, que hablaba en voz baja. Parecía estar dando instrucciones, lo que provocaba un peculiar paralelismo con T'vril, que hacía lo mismo delante de mí. Yo apenas oía a ninguno de ellos. Estaba aterida de frío.

—El estudio de Viraine está dos pisos por encima. Hay cámaras de ascenso en las intersecciones, cada tres pasillos... Buscad un hueco situado entre jarrones de flores. Sólo... tenéis que entrar en uno de ellos y pensar «arriba». La puerta estará justo delante. Mientras haya luz en el cielo tenéis una oportunidad. Vamos. ¡Corred!

Me empujó y retrocedí dando un traspiés. Tras de mí se alzó un aullido inhumano, como las voces de cien lobos, cien jaguares y cien vientos invernales, todos ellos ávidos de mi carne. Entonces se hizo un silencio más aterrador aún.

Y corrí. Corrí. Corrí.

## LA OSCURIDAD



**D**ebería hacer una pausa para explicarlo? No es una gran historia. Pero debo recordarlo todo, recordar, recordar, recordar, para mantenerme firmemente aferrada a ello. Tantos fragmentos de mí se han perdido ya...

Bien.

Hubo una vez tres dioses. El que todavía importa mató a uno de los que no y arrojó al otro a una prisión infernal. Los muros de esa prisión eran de sangre y huesos, las ventanas con barrotes estaban hechas con ojos. Los castigos incluían el sueño, el dolor, el hambre y las demás exigencias incesantes de la carne mortal. Entonces esta criatura, atrapada en su tangible recipiente, fue entregada a los Arameri para que la guardaran, junto con tres de sus divinos hijos. Tras el horror de esa encarnación en carne mortal, ¿qué diferencia podía suponer la mera esclavitud?

De niña aprendí de los sacerdotes de Itempas el Brillante que este dios caído estaba hecho de pura maldad. En tiempos de los Tres, sus seguidores habían practicado un siniestro y salvaje culto en el que se llevaban a cabo violentas celebraciones a medianoche, en las que se idolatraba la locura como sacramento. De haber sido él quien hubiera ganado la guerra entre los dioses, afirmaban los sacerdotes con tono calamitoso, probablemente la humanidad ya no existiría.

—Así que sed buenos —añadían siempre— o vendrá a buscaros el Señor de la Noche.

Huí del Señor de la Noche por pasillos de luz. Alguna propiedad de la materia prima de la que estaba hecha la sustancia del Cielo hacía que emitiera una suave luminiscencia blanca ahora que se había puesto el sol. Treinta pasos por detrás de mí corría el dios de la oscuridad y el caos. En la única ocasión en que me atreví a mirar atrás, vi que el delicado brillo del pasillo remitía hasta trocarse en una garganta de tinieblas tan profunda que bastaba con mirarla para que dolieran los ojos. No volví a hacerlo.

No podía ir en línea recta. Hasta el momento lo único que me había salvado era la ventaja que llevaba y el hecho de que el monstruo que corría tras de mí parecía incapaz de moverse más rápido que un mortal. Pero aun así, sus piernas eran más largas que las mías.

Así que doblaba en casi todos los recodos y aprovechaba las paredes para frenar mi carrera y, de un empujón, volver a acelerar. Tal como lo digo podría parecer que era algo deliberado por mi parte, pero no es así. Si hubiera podido razonar en medio del pavor que me dominaba, tal vez hubiese conservado una noción general de la dirección en la que corría. Pero en mi estado me encontraba irremisiblemente perdida.

Por suerte, donde fallaba la razón, el pánico ciego la reemplazaba a las mil maravillas.

Al ver uno de los huecos que había descrito T'vril, me arrojé de cabeza hacia él y me pegué a la pared del fondo. Me había dicho que pensara «arriba», lo que activaría el hechizo y me llevaría al piso superior del palacio. Pero lo que hice fue pensar: «FUERA, FUERA, FUERA», sin darme cuenta de que la magia también cumpliría esta orden.

Cuando el cochero me llevó desde el Salón al palacio del Cielo, las cortinas del carruaje estaban cerradas. El cochero se limitó a llevarme hasta un punto concreto y a detenerse. Sentí un hormigueo en la piel. Un momento después, cuando me abrió la puerta, estábamos allí. Ni se me ocurrió pensar que la magia me había llevado a través de casi un kilómetro de materia sólida en un mero parpadeo.

En aquel momento volvió a ocurrir. El pequeño hueco, cuya luz había comenzado a apagarse al acercarse el Señor de la Noche, pareció estirarse de repente y su entrada se alejó y alejó de manera imposible mientras yo permanecía inmóvil. Tras un instante de tensión contenida, me vi catapultada hacia allí, como si

me lanzaran con una honda. Las paredes se me vinieron encima. Grité y me cubrí el rostro con las manos mientras pasaban a través de mí. Y entonces todo se detuvo.

Bajé los brazos lentamente. Antes de que tuviera tiempo de recobrar lo bastante la serenidad como para preguntarme si me encontraba en el mismo hueco o en otro idéntico, un niño asomó la cabeza por la entrada, miró a su alrededor y me vio.

–Vamos –dijo–. Deprisa. No tardará mucho en encontrarnos.

La magia de los Arameri me había llevado hasta una enorme estancia del Cielo. Atontada, observé el espacio frío y desnudo que nos rodeaba mientras corríamos por él.

–La palestra... –dijo el niño, que corría por delante de mí–. A algunos de los purasangres les gusta jugar a que son guerreros. Por aquí.

Me volví y me pregunté si no habría algún modo de bloquearla para que el Señor de la Noche no pudiera seguirnos.

–No, no funcionará –dijo el muchacho al ver adónde dirigía la mirada–. Pero el propio palacio inhibe su poder en noches como ésta. Solamente puede usar sus sentidos para cazarte –«¿En lugar de qué?», pensé–. En una noche de luna llena tendrías problemas. Pero esta noche es sólo un hombre.

–Eso no era un hombre –dije. Mi voz sonó aguda y temblorosa a mis propios oídos.

–Si eso fuera cierto, no estarías corriendo por tu vida en estos momentos. –Y no lo bastante deprisa, al parecer. El muchacho me cogió la mano y tiró de mí para que corriera más. Volvió la cabeza para mirarme y pude vislumbrar un rostro anguloso y de pómulos altos que algún día sería bien parecido.

–¿Adónde me llevas? –Mi capacidad de raciocinio estaba volviendo, aunque lentamente–. ¿Con Viraine?

Dejó escapar un resoplido desdeñoso. Salimos de la palestra y volvimos a los laberínticos pasillos blancos.

–No seas tonta. Vamos a escondernos.

–Pero ese hombre... –Nahadoth. Ya recordaba dónde había oído el nombre. «Nunca lo susurres en la oscuridad –decían los cuentos para niños– si no quieres que responda.»

–Ah, conque ahora es un hombre, ¿no? Únicamente tenemos que mantenernos por delante de él y todo irá bien. –El muchacho dobló una esquina, más ágilmente que yo. Lo seguí lo

mejor que pude. Sus ojos volaban por el pasillo, buscando algo-. No te preocupes. Yo hago esto todos los días.

No sonaba demasiado prudente.

«Q-quiero ir con Viraine», traté de decir con autoridad, pero además de que seguía aterrorizada, estaba sin aliento.

La respuesta del muchacho fue detenerse, pero no por mi causa.

–¡Aquí! –dijo mientras apoyaba la mano sobre una de las perlinas paredes-. ¡*Atadie!*

La pared se abrió.

Fue como ver las olas del mar. La superficie tornasolada se apartó de sus manos formando unas ondas regulares y detrás de ella apareció una apertura, un agujero, una puerta. Tras el muro había una cámara estrecha de forma extraña, no exactamente una habitación. Cuando terminó de abrirse lo suficiente para que pasáramos los dos, me empujó a su interior.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–El espacio intermedio del palacio. Todos esos pasillos curvos y salas redondas... Hay otro medio palacio entre ellos, que nadie utiliza... salvo yo. –Se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa pícaro-. Podemos descansar un rato.

Yo estaba empezando a recobrar el aliento. Pero con él me vino una debilidad provocada por las emociones que acababa de vivir. Las ondas de la pared se habían vuelto a cerrar tras de mí y ahora volvía a ser tan sólida como antes. Me apoyé en ella, primero cautelosamente y luego con gratitud. Entonces examiné a mi salvador.

No era mucho más bajo que yo. Tendría unos nueve años y su aspecto espigado y un poco desgarrado era el de alguien que está creciendo a toda velocidad. No era amn, no tenía la tez tan oscura como la mía ni los ojos felinos del pueblo de los tema. Los suyos eran turbios y cansados... como los míos y los de mi madre. Puede que su padre hubiera sido también un Arameri transterrado.

También estaba examinándome. Al cabo de un momento, su sonrisa se hizo aún más grande.

–Soy Sieh.

Dos sílabas.

–¿Sieh Arameri?

–Sieh a secas. –Con la blanda y carnosa elegancia de un niño,

estiró los brazos por encima de la cabeza—. No pareces gran cosa.

Estaba demasiado cansada para ofenderme.

—He descubierto que resulta útil —respondí— que me subestimen.

—Sí. Ésa siempre es una buena estrategia. —Se puso serio de repente—. Acabará por encontrarnos si no seguimos moviéndonos. ¡En!

Di un respingo, sobresaltada por su grito. Pero Sieh estaba mirando hacia arriba. Un momento después, una pelota infantil de color amarillo cayó en sus manos.

Levanté la mirada, estupefacta. Un túnel de sección triangular y paredes lisas ascendía durante varios pisos. No vi ningún sitio del que pudiera haber salido la pelota. Desde luego no flotaba sobre nosotros nadie que pudiera habérsela lanzado.

Miré al muchacho, embargada por una súbita y aterradora sospecha.

Al ver mi cara, Sieh se echó a reír y dejó la pelota en el suelo. Luego se sentó sobre ella con las piernas cruzadas. La pelota permaneció perfectamente inmóvil bajo sus posaderas hasta que estuvo cómodo y entonces empezó a ascender. Se detuvo a poca distancia del suelo y permaneció allí flotando. El niño que no era un niño estiró una mano hacia mí.

—No te haré nada —dijo—. Te estoy ayudando, ¿no?

Me limité a mirarle la mano, mientras pegaba la espalda a la pared.

—Podría haber corrido en círculo, ¿sabes? Llévate con él.

Eso era cierto. Al cabo de un momento le cogí la mano. Al sentir su apretón se disiparon mis últimas dudas. Su fuerza no era la de un niño.

—Enseguida estaremos —dijo. Y entonces, como si yo fuera un conejo que se lleva a rastras, comenzamos a ascender por el pozo.

Hay otra cosa que recuerdo de mi infancia. Una canción que decía... ¿Cómo era? Ah, sí. «Bufón, bufón / robaste el sol para gastar una broma. / ¿De verdad vas a montarte en él? / ¿Dónde vas a esconderlo? / Junto a la orilla del río...»

No era nuestro sol, parece ser.



Sieh abrió dos techos y otro muro antes de dejarme al fin sobre una zona del espacio intermedio tan grande como la cámara de audiencias del abuelo Dekarta. Pero no fueron las dimensiones del lugar las que me dejaron boquiabierta.

Había más esferas flotantes en su interior, docenas de ellas. Poseían una asombrosa variedad –las había de todas las formas, tamaños y colores– y giraban lentamente mientras flotaban por el aire. No parecían más que juguetes infantiles. Pero entonces examiné una de ellas de cerca: unas nubes arremolinadas giraban en su superficie.

Sieh se acercó flotando con una expresión que era una mezcla de ansiedad y orgullo mientras yo caminaba entre sus juguetes. La esfera amarilla se había detenido cerca del centro de la sala. Las demás giraban a su alrededor.

–¿A que son bonitas? –me preguntó mientras yo contemplaba una diminuta, de mármol rojo. Una gran masa nubosa (¿una tormenta?) engulló el hemisferio más próximo a mí. Aparté los ojos de ella con cierto esfuerzo para mirar a Sieh. Saltaba sobre sus talones, impaciente por recibir una respuesta–. Es una buena colección.

«Bufón, bufón, robaste el sol para gastar una broma.» Y, al parecer, porque era bonito. Los Tres habían engendrado muchos hijos antes del fin de la guerra. Sieh era inconmensurablemente anciano, era otra de las letales armas de los Arameri, pero aun así no me veía capaz de destruir la tímida esperanza que veía en sus ojos.

–Son todas preciosas –asentí. Era cierto.

Esbozó una sonrisa radiante y volvió a cogerme de la mano, no para llevarme a ninguna parte, sólo por pura simpatía.

–Creo que a los demás les gustarás –dijo–. Incluso a Naha, una vez que se calme. Hacía mucho tiempo que no teníamos un mortal aquí para hablar.

Sus palabras eran enigmas entrelazados sin significado alguno para mí.

¿Los demás? ¿Naha? ¿Una vez que se calme?

Volvió a reírse de mí.

–Lo que más me gusta es tu cara. No demuestra demasiada emoción. ¿Es un rasgo darre o es por la educación de tu madre? Pero cuando demuestras alguna emoción, todo el mundo puede verla.

Mi madre me había dicho lo mismo hacía algún tiempo.

–Sieh... –Tenía centenares de preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Una de las esferas, verde y sencilla, de polos blancos y brillantes, daba vueltas y vueltas. No me pareció una anomalía hasta que me di cuenta de que Sieh se ponía tenso al verla. Fue entonces cuando mis propios instintos, con retraso, me enviaron una advertencia.

Al volverme, Nahadoth estaba detrás de nosotros.

En aquel instante, mi mente y mi cuerpo quedaron paralizados, y podría haberme atrapado perfectamente. Se encontraba sólo a unos pasos. Pero no se movió ni dijo nada, así que nos quedamos allí, mirándonos. Su rostro era como la luna, pálido y un poco titilante. Discerní lo básico de sus facciones, pero ninguna de ellas se grabó en mi mente, aparte de una sensación de abrumadora belleza. Su cabello largo y negro flotaba a su alrededor como un humo negro, cuyos zarcillos se ensortijaban y movían por propia voluntad. Su capa –puede que también parte de su cabello– parecía agitada por un viento inexistente. No recordaba haber visto que la llevara antes, en la galería.

La locura aún acechaba en su rostro, pero ahora era una locura más templada, no el salvajismo animal y furibundo de antes. Otra cosa –soy incapaz de llamarla «humanidad»– vibraba por debajo.

Sieh se adelantó, pero se cuidó mucho de interponerse entre nosotros.

–¿Estás ya con nosotros, Naha?

Nahadoth no respondió. De hecho, ni siquiera parecía ver a Sieh. Los juguetes de éste, advertí con las partes de mi mente que no estaban paralizadas, enloquecían al acercarse él. Sus lentas y gráciles órbitas cambiaban: algunas se alejaban en direcciones diferentes, otras quedaban paralizadas en el sitio y algunas de ellas ganaban velocidad. Una se partió en dos y cayó rota al suelo ante mis ojos. Nahadoth dio un paso al frente y otras esferas salieron volando sin control.

Ese paso bastó para arrancarme de mi parálisis. Retrocedí trastrabillando y habría echado a correr de haber sabido cómo se abrían las paredes.

–¡No corras! –La voz de Sieh restalló sobre mí como un latigazo. Me quedé helada.

Nahadoth volvió a adelantarse hasta quedar tan cerca de mí

que pude ver cómo lo recorría un minúsculo estremecimiento. Flexionó los dedos. Abrió la boca. Luchó un instante. Habló:

–P-predecible Sieh. –Tenía una voz profunda, pero sorprendentemente humana. Yo me esperaba un gruñido bestial.

Sieh se encorvó. Volvía a ser un niño malhumorado.

–No creí que nos cogieras tan pronto. –Ladeó la cabeza mientras estudiaba el rostro de Nahadoth–. Estás aquí, ¿no?

–Puedo verlo –susurró el Señor de la Noche. Sus ojos estaban clavados en mi rostro.

Para mi sorpresa, Sieh asintió como si supiera lo que significaban aquellos desvaríos.

–Yo tampoco me lo esperaba –dijo en voz baja–. Pero puede que ahora te acuerdes. A ésta la necesitamos. ¿Lo recuerdas? –Dio un paso hacia delante y buscó su mano.

No vi moverse esa mano. Estaba mirando el rostro de Nahadoth. Lo único que vi fue el destello de rabia ciega y homicida que afloró a sus facciones y, un instante después, una de sus manos atenazó la garganta de Sieh. Éste no tuvo ni tiempo de gritar antes de que lo levantara del suelo, pataleando y sin poder respirar.

Durante un instante, el asombro me impidió reaccionar.

Entonces me enfurecí.

Sentí que ardía de rabia, y también de locura, porque sólo de este modo se puede explicar lo que hice entonces. Saqué el cuchillo y grité:

–¡Déjalo en paz!

Era como si un conejo amenazara a un lobo. Pero, para mi total asombro, el Señor de la Noche me miró. No dejó a Sieh en el suelo, pero parpadeó. Y con la rapidez de aquel parpadeo, la locura lo abandonó, reemplazada por una expresión de perplejidad y creciente asombro. La mirada de un hombre que acaba de descubrir un tesoro bajo un montón de estiércol. Pero siguió asfixiando a Sieh.

–¡Suéltalo! –Me agaché y cambié de posición tal como mi abuela darre me había enseñado. Me temblaban las manos, pero no por el miedo, sino por aquella loca y violenta furia justiciera. Sieh era un niño–. ¡Ya está bien!

Nahadoth sonrió.

Salté. El cuchillo alcanzó su pecho y se hundió profundamente en él antes de alojarse en el hueso con un impacto tan brusco

que me arrancó la empuñadura de la mano. Durante un instante estuve apoyada en su pecho, tratando de apartarme. Para mi asombro, era sólido, cálido, de carne y hueso a pesar del vibrante poder que contenía. Y mi asombro aumentó aún más al ver que su otra mano me atenazaba la muñeca con la fuerza de un grillete. Increíblemente veloz, a pesar del cuchillo que tenía en el corazón.

Con la fuerza de aquella mano podría haberme pulverizado la muñeca. Pero se limitó a sujetarme. Su sangre, más caliente que mi rabia, me empapó la mano. Levanté la mirada: sus ojos eran cálidos, delicados, desesperados. Humanos.

–Hace tanto que te espero... –dijo el dios con un hilo de voz. Me besó.

Y se desplomó.